



El conocimiento es pensamiento empaquetado

Jorge Wagensberg

Sin lenguaje se puede pensar, pero no se puede comprender

La mente piensa. Más aún: a la mente le cuesta mucho dejar de producir pensamiento. Hay que concentrarse más para no pensar que, por ejemplo, para no respirar. La mente se apoya en un cerebro que dispone de unos ochenta y cinco mil millones de neuronas, lo que significa a su vez un número colosal de conexiones posibles. Esto da una idea del tamaño que puede llegar a alcanzar un pensamiento en bruto, es decir, un pensamiento con todos sus matices originales, un acontecimiento que aún no ha trascendido fuera de la mente dentro

de la cual acaba de nacer. En el límite se necesita una cantidad de información prácticamente infinita para reproducir un pensamiento con una fidelidad perfecta. Por ello, en el límite todo pensamiento pertenece sólo a la mente que lo ha producido, o sea, es irrepetible en toda su plenitud para cualquier otra mente. Sólo el autor del pensamiento lo abraza de un plumazo en toda su integridad y presunta infinitud. El infinito del que hablamos aquí es un infinito práctico, como lo es el número de partidas de ajedrez diferentes que se pueden jugar (son del orden de 10^{120}). En rigor el número es finito, pero en la práctica de las partidas que pueden llegar a jugarse antes de que la humanidad se extinga, podemos llamarle perfectamente infinito. Análogamente, a un poeta que escribe un sublime soneto es difícil convencerle de que su creatividad equivale a elegir un soneto entre los 10^{415} diferentes que son posibles.

Este volumen descomunal de información no impide, sin embargo, que los pensamientos se puedan comunicar. En efecto, los pensamientos pueden saltar de una mente a otra. Pueden, pero antes hay que convertir el pensamiento en moneda de conocimiento. El recorte es notable, nada menos que de una cantidad presuntamente infinita a otra necesariamente finita. Nos será útil ensayar algunas definiciones.

Conocimiento: es pensamiento simplificado, codificado y empaquetado listo para salir de la mente y capaz de atravesar la realidad para así tener alguna opción de tropezarse con otra mente que lo descodifique. Para pensar basta con una mente, para conocer se necesitan como mínimo dos, aunque ambas mentes, la emisora y la receptora, sean la misma mente. En el caso de que ambas coincidan la diferencia entre pensamiento y conocimiento está en que el pensamiento se mueve sólo por dentro (sin salir de la mente) mientras que el conocimiento se intercambia (se emite o se recibe) hacia o desde el exterior (entendiendo por exterior el resto de la realidad del mundo). La primera conclusión tiene un intenso contraste: mientras el pensamiento es un producto íntimo y presuntamente infinito, el conocimiento es un elaborado transmisible y necesariamente finito, enmarcado en el espacio y el tiempo. Una ecuación de la física empieza y acaba, una conjetura matemática ocupa un espacio determinado, una partitura tiene una primera nota y una última, una pintura está limitada en una superficie de dos dimensiones por un marco, una escultura cabe en un paralelepípedo de tres dimensiones, hay novelas de dos mil páginas y novelas de cien, pero todas empiezan con una palabra y acaban con otra.

Quien tiene o ha tenido una mascota en casa sabe perfectamente que un animal piensa porque, por ejemplo, lo ha visto agitarse en sueños. Los animales en general piensan, y quizá piensan mucho, pero conocen poco, quizás incluso muy poco. Los animales se comunican sin dificultad porque para ello no se necesita nada que deba llamarse lenguaje. Sin lenguaje se puede pensar pero no se puede conocer. Los animales tienen memoria, pero

sólo pueden compartir en sus memorias aquello que han vivido simultáneamente en el espacio y el tiempo. No se puede transferir memoria de una mente a otra sin la ayuda de un lenguaje. Si, pongamos por caso, un chimpancé le da una colleja a su hermanito en ausencia de la madre de ambos, la víctima no tiene manera de reclamar justicia cuando la madre regresa. La escena se ha perdido irremediabilmente para todo individuo que no la haya presenciado en vivo y en directo. Un chimpancé tiene cerebro suficiente para aprender, para combinar ciertos códigos sencillos (por ejemplo: pato como combinación de pájaro y agua) y una memoria notable, pero no tiene suficiente lenguaje para empaquetar pensamientos en conocimientos y para compartir experiencias que distan en el espacio y el tiempo si éstas no se han vivido conjuntamente. Ello impide que se puedan comparar dos experiencias distintas, lo que bloquea a su vez el hecho mismo de comprender. Comprender es buscar y encontrar lo común entre lo diferente, por lo que si no se puede comparar tampoco se puede comprender. Los animales se comunican entre sí, es cierto, pero lo que salta de una mente a otra es una señal, una alarma, un estado de ánimo, una amenaza... Se transmite una información, pero no conocimiento (pensamiento empaquetado).

Podemos redefinir conocimiento como un pensamiento codificado y empaquetado con la ayuda de cierto lenguaje, un lenguaje compartido por las mentes que intercambian conocimientos. Un lenguaje es un conjunto finito de elementos fundamentales que pueden combinarse para formar paquetes de orden superior, que se codifican a su vez para transmitir

conceptos e ideas. Así, las letras (de un abecedario de unas treinta letras) se combinan para formar palabras (de un diccionario de unas ochenta mil palabras), las cuales se combinan entre sí para construir miles de millones de frases diferentes, las cuales se combinan entre sí para dar lugar a un número indefinidamente alto de textos... No hay inconveniente en llamar texto a cualquier pensamiento empaquetado y codificado listo para saltar a la realidad del mundo. Las notas musicales, con su frecuencia (tono), duración y timbre son las letras de la música, las pinceladas de color son los píxeles o letras de la pintura, las imágenes son las letras del cine (existe cine mudo, pero no cine ciego...).

Los pájaros componen música y consiguen transmitirse informaciones y emociones trascendentes para sus vidas pero no manejan un lenguaje como para transmitirse conocimiento musical.

Un idioma como el español es un lenguaje con unas ochenta y cinco mil palabras en su diccionario, pero, claro, existen más conceptos e ideas que palabras. Por eso necesitamos combinarlas para matizar y afinar un pensamiento en textos de una longitud mayor.

De ahí la literatura.

